

peranzas que no pudiesen realizarse, que había recomendado á su nieto que guardase silencio sobre sus tentativas hechas para traer á Halpersohn. Vanda parecía estar pendiente de las palabras que salían de la boca de Godofredo. Estaba encantada, y se hizo tan ardiente su deseo de ver á aquel extraño judío polaco, que fué presa de una especie de locura.

—Polonia ha dado siempre seres singulares y misteriosos, dijo el antiguo magistrado. Hoy, por ejemplo, además de ese médico, tenemos á Hoene Wronski, el matemático iluminado, al poeta Mickievicz, Tawianski el inspirado, y el sobrenatural talento Chopin. Las grandes conmociones nacionales producen siempre especies de gigantes tronchados.

—¡Oh! ¡querido papá! ¡qué hombre es usted! Si se escribiese todo lo que usted dice nada más que para divertirme, haría usted una fortuna... pues figúrese usted, caballero, que mi anciano padre inventa para mí historias admirables cuando no tengo novelas que leer, y me duerme de este modo. Su voz me mece, y calma á veces mis dolores con su ingenio... ¿Quién le recompensará nunca?... Augusto, hijo mío, debías besar el sitio donde pone la planta tu abuelo.

El joven levantó hacia su madre sus ojos humedecidos por el llanto, y esta mirada, que denotaba una pasión mucho tiempo comprimida, fué todo un poema. Godofredo se levantó, cogió la mano de Augusto y se la estrechó.

—Señora, Dios ha puesto dos ángeles á su lado.

—Sí, ya lo sé. Por eso me reprocho muchas veces el hacerles rabiar. Ven, querido Augusto, abraza á tu madre. Caballero, es un hijo que enorgullecería á cualquier madre. Es puro como el oro, es franco, es un alma sin pecado, pero un alma demasiado apasionada como la de su pobre madre. Dios sin duda me ha clavado en el lecho para evitar que haga las tonterías que cometen á veces las mujeres... que tienen demasiado corazón, añadió sonriéndose.

Godofredo respondió con una sonrisa y con un saludo.

—Adiós, caballero, y sobre todo dé usted las gracias á su amigo por el instrumento, que ha hecho la felicidad de una pobre impedida.

—Amigo mío, dijo Godofredo cuando estuvo solo con el señor Bernard, que le había seguido, creo poder asegurarle que no será usted explotado por ese trío de *buenos sujetos*. Obtendré la suma necesaria, pero es preciso que me confíe usted su tratado relativo á la retroventa... Para hacer más por usted, tendría usted que dejarme leer su obra, no á mí, que no tengo bastantes conocimientos para juzgarla, sino á un antiguo magistrado de perfecta integridad, que se encargará, según el mérito de la obra, de encontrar una casa honrada con la que podrá usted arreglarse... No le digo á usted más sobre este asunto. Entretanto, aquí tiene usted quinientos francos para cubrir las necesidades más apremiantes. No le pido á usted recibo; me quedará usted obligado únicamente por su conciencia, y esto espero que no le acusará á usted de nada hasta tanto que no haya usted adquirido una posición desahogada... Yo me encargo de pagar á Halpersohn.

—¿Quién es usted? dijo el anciano cayendo sobre una silla.

—Yo, nadie, respondió Godofredo. Pero sirvo á personas poderosas que conocen su angustia y que se interesan por usted... No me pregunte usted más.

—¿Y cuál es el móvil de esa gente? preguntó el anciano.

—¡La religión, caballero! replicó Godofredo.

—¡Es posible!... ¡la religión!

—Sí, la religión católica, apostólica y romana.

—¿Pertenece usted á la orden de Jesús?

—No, señor mío, respondió Godofredo. Esté usted tranquilo, pues esas personas no tienen más móvil que socorrer á usted y hacer feliz á su familia.

—¿Habrá dejado de ser la filantropía una vanidad?

—Vaya, caballero, dijo vivamente Godofredo, no deshonre usted la santa caridad católica, la virtud definida por San Pablo.

Al oír esta respuesta el señor Bernard, empezó á pasear por el cuarto dando largos pasos.

—Acepto, dijo de pronto. Y el único medio de que puedo disponer para pagarle á usted es el confiarle mi obra. Las notas y las citas son inútiles para un antiguo magistrado; y, como le he dicho á usted ya, aun me quedan dos meses de trabajo para copiar las citas. Hasta mañana, añadió dando un apretón de manos á Godofredo.

—¿Habré hecho una conversión?... se dijo Godofredo, que quedó sorprendido al ver la nueva expresión que había tomado el rostro de aquel anciano al dar la última respuesta.

Dos días después, á las tres de la tarde, un cabriolé se detuvo delante de la casa, y Godofredo vió salir de él á Halpersohn, envuelto en un enorme capote forrado de piel de oso. Durante la noche, el frío había aumentado y el termómetro marcaba diez grados bajo cero.

El médico judío examinó curiosamente, aunque á hurtadillas, el cuarto en que su cliente de la víspera lo recibía, y Godofredo vió que un pensamiento de desconfianza asomaba á sus ojos cual si fuese un puñal. Esta ligera sospecha hizo experimentar un frío interior á Godofredo, que se imaginó entonces que aquel hombre debía ser despiadado é implacable en sus negocios; y es tan natural suponer el genio unido con la bondad, que no pudo disimular su disgusto.

—Caballero, le dijo, veo que la sencillez de mi habitación inquieta á usted, y espero, por lo tanto, que no le sorprenderá mi manera de obrar. Aquí tiene usted sus doscientos francos, y he aquí tres billetes de mil francos, añadió sacando de su cartera los billetes que la señora de la Chanterie le había

dado para desempeñar la obra del señor Bernard; pero, caso de que tuviera usted temores sobre mi solvencia, ofrezco á usted como fiadores á los señores Mongenod, banqueros, que habitan en la calle de la Victoria.

—Los conozco, respondió Halpersohn metiéndose las diez monedas de oro en el bolsillo.

—Seguramente que no dejará de ir á verles, pensó para sus adentros Godofredo.

—¿En dónde vive esa señora? preguntó el médico levantándose como hombre que conoce el valor del tiempo.

—Venga usted por aquí, dijo Godofredo pasando delante para enseñarle el camino.

El judío examinó con recelosos y sagaces ojos los lugares por donde pasaba, pues tenía el golpe de vista del espía, así es que vió muy bien los horrores de la indigencia por la puerta de la habitación donde dormían el magistrado y su nieto; por desgracia, el señor Bernard había ido á ponerse el traje con que se presentaba en la habitación de su hija, y á causa de la precipitación con que había salido á abrir la puerta, había cerrado mal la de su leonera.

Saludó noblemente á Halpersohn y abrió con precaución el cuarto de su hija.

—Vanda, hija mía, aquí está el médico, dijo.

Y se echó á un lado para dejar paso á Halpersohn, que conservaba su gaban de pieles. El judío quedó sorprendido del contraste de aquella pieza, que en aquel barrio y en aquella casa sobre todo era una anomalía; pero el asombro de Halpersohn duró poco, porque había visto muchas veces en las casas de los judíos de Alemania y de Rusia contrastes análogos entre una excesiva miseria aparente y riquezas ocultas. Mientras iba de la puerta al lecho de la enferma, no cesó de mirarla, y, al llegar á su cabecera, le dijo en polaco:

—¿Es usted polaca?

—Yo no, pero mi madre lo era.

—¡Cómo! ¿pues con quién se había casado su abuelo de usted el coronel Tarlowski.

—Con una polaca.

—¿De qué provincia?

—Con una Sobolewska de Pinsk.

—Bueno. ¿Es su padre este señor?

—Sí, señor.

—Caballero, le preguntó, ¿su esposa de usted?...

—Ha muerto, respondió el señor Bernard.

—¿Era muy blanca? dijo Halpersohn haciendo un movimiento de impaciencia al verse interrumpido.

—He aquí su retrato, respondió el señor Bernard yendo á descolgar un magnífico cuadro que contenía varias preciosas miniaturas.

Halpersohn tentaba la cabeza y la cabellera de la enferma, al mismo tiempo que miraba el retrato de Vanda Tarlowska, descendiente de una condesa Sobolewska.

—Cuénteme usted los desordenes producidos por la enfermedad.

Y se sentó en la poltrona, mirando á Vanda fijamente durante los veinte minutos que duró el relato alternativo del padre y de la hija.

—¿Qué edad tiene esa señora?

—Treinta y ocho años.

—¡Ah! está bien, exclamó levantándose. Me comprometo á curarla. No aseguro que recobre el ejercicio de sus piernas, pero curarla, sí. Unicamente que es preciso meterla en una casa de salud de mi barrio.

—Pero, caballero, mi hija no es transportable.

—Le respondo á usted de ella, dijo sentenciosamente Halpersohn; pero sólo le respondo de ella con esas condiciones... ¿Sabe usted que va á cambiarse su enfermedad actual por otra enfermedad espantosa, que durará acaso un año, ó por lo menos seis meses? Puesto que usted es su padre, podía venir á ver á la señora.

—¿Es eso seguro? preguntó el señor Bernard.

—Seguro, repitió el judío. La señora tiene en el cuerpo un principio, un humor nacional del que es preciso librarla. Cuando usted quiera, puede usted traerla á la calle Basse-Saint-Pierre, en Chaillot, casa de salud del doctor Halpersohn.

—¿Y cómo la llevaré?

—En una camilla, como se llevan todos los enfermos á los hospitales.

—¿Y no la matará el trayecto?

—No.

Y cuando Halpersohn pronunciaba esta palabra seca, estaba ya en la puerta, donde Godofredo le esperaba. El judío, que se ahogaba de calor, le dijo á éste al oído:

—Además de los mil escudos, tendrá que pagar quince francos diarios, advirtiéndole á usted que se pagan tres meses por adelantado.

—Está bien, caballero. Y ¿responde usted de la cura? preguntó Godofredo poniéndose en el estribo del cabriolé, donde el doctor estaba ya arrellenado.

—Respondo, repitió el médico judío. ¿Ama usted á esa señora?...

—No, respondió Godofredo.

—No diga usted nada de lo que voy á confiarle, pues se lo digo únicamente para probarle que estoy seguro de su curación, y, si usted cometiese una indiscreción, mataría usted á esa señora.

Godofredo le respondió con un gesto.

—Hace ya diecisiete años que es víctima del principio de la Plica polaca (*Plica polónica*), que produce todos esos estragos, y yo he visto terribles ejemplos de ellos. Ahora bien; hoy, yo soy el único que sabe la manera de hacer salir la Plica y de poder curarla, pues no siempre se curan todos. Caballero, ya ve usted que soy desinteresado. Si esta señora fuese una gran dama, una baronesa de Nucingen, ó cualquiera otra mujer ó hija de los Cresos modernos, esta cura-

ción me valdría cien ó doscientos mil francos, en fin, todo lo que pidiese. ¡Es una lástima!

—¿Y el trayecto?

—¡Bah! parecerá que va á morir, pero no se morirá... Una vez curada, tiene vida para cien años. Vamos, Jacobo, aprisa, á la calle de Monsieur, dijo al cochero.

Y dejó en el boulevard á Godofredo, que se quedó álelado viendo partir el carruaje.

—¿Quién es ese tipo de hombre vestido de piel de oso? preguntó la Vauthier, á quien no se le escapaba nada. ¿Es verdad lo que me ha dicho el cochero, que es el médico más famoso de París?

—¿Es que le importa á usted algo eso, mamá Vauthier?

—¡Ah! nada, nada, repuso ella haciendo muchos aspavientos.

—¡Qué tonta ha sido usted en no ponerse de mi parte! dijo Godofredo encaminándose á pasos lentos hacia la casa. Hubiera usted ganado más que con los señores Barbet y Metivier, que no le darán nada.

—¿Qué tengo yo que ver con esos señores? repuso la vieja encogiéndose de hombros. El señor Barbet es el propietario de la casa, y nada más.

Hasta dos días después no se decidió el señor Bernard á separarse de su hija y á llevarla á Chaillot. Godofredo y el antiguo magistrado iban cada uno á cada lado de la camilla en que iba la enferma, y temía tanto su padre los sobresaltos de un ataque de nervios, que iba casi envuelto en los colchones. El convoy salió á las tres y llegó á la casa de salud á eso de las cinco, á la caída de la tarde. Godofredo pagó los cuatrocientos francos, importe del trimestre que se exigía, y después, cuando estaba dando la propina á los dos porteros, fué á unírsele el señor Bernard, que llevaba un voluminoso paquete en la mano, y se lo tendió á Godofredo, diciéndole:

—Uno de estos hombres que vaya á buscarle á us-

ted un cabriolé, porque no podría usted llevar mucho tiempo estos cuatro volúmenes. He aquí mi obra, entréguesela usted á mi censor, y dígame que se la confío por toda esta semana. Voy á permanecer lo menos ocho días en este barrio, pues no puedo decidirme á dejar á mi hija abandonada. Conozco á mi nieto, y sé que puede guardar la casa, sobre todo ayudado por usted. Por otra parte, se lo recomiendo á usted. Si yo fuese aún lo que fuí, le preguntaría á usted el nombre de mi crítico, de ese antiguo magistrado, porque hay muy pocos á quienes yo no conozca.

—¡Oh! no es ningún misterio, dijo Godofredo interrumpiendo al señor Bernard. Desde el momento en que usted tiene confianza en mí, puedo decirle que su censor es el antiguo presidente Lecamús de Tresnes.

—¡Oh! ¡de la audiencia real de París! ¡Ya lo creo!.. Es uno de los hombres más cumplidos de aquel tiempo... Él y el difunto Popinot, el juez del tribunal de primera instancia, fueron magistrados dignos de los mejores días de los antiguos tiempos. Si yo conservase algún temor, con saber únicamente eso estaría disipado... Y ¿dónde vive? Quisiera ir á darle las gracias por el trabajo que va á tomarse.

—Lo encontrará usted en la calle de Chanoinesse, bajo el nombre de don Nicolás... Yo voy ahora allí. ¿Y su compromiso con esos pillos?...

—Augusto se lo entregará á usted, dijo el anciano, que se encaminó hacia el patio de la casa de salud.

En aquel momento llegaba con un cabriolé el mozo que había recibido el encargo de ir á buscarlo. Godofredo montó en él, y estimuló al cochero con la promesa de una buena propina si llegaba á tiempo á la calle de la Chanoinesse, pues Godofredo quería comer allí.

Media hora después de la marcha de Vanda, tres hombres vestidos de negro, que la Vauthier introdujo por la calle de Notre-Dame des Champs, donde esperaban sin duda el momento favorable, subieron la

escalera, acompañados de aquel Judas femenino, y llamaron suavemente á la puerta de la habitación del señor Bernard. Como aquel día era precisamente jueves, el colegial había podido quedarse á guardar la casa. Abrió, y tres hombres se deslizaron como sombras en la primera pieza.

—¿Qué quieren ustedes, señores? preguntó el joven.

—¿No vive aquí el señor Bernard..., es decir, el señor barón?

—Pero ¿qué quieren ustedes?

—¡Ah! ya lo sabe usted, joven, pues acaban de decirnos que su abuelo se ha marchado acompañando á una camilla... Eso no nos asombra, porque está en su derecho. Yo soy alguacil y vengo á apoderarme de todo esto... El lunes recibieron ustedes una citación para pagar tres mil francos y las costas al señor Metiviere, bajo pena de embargo ó encarcelamiento, y como que el que fué cocinero antes que fraile ya sabe lo que pasa en la cocina, el deudor toma las de Villadiego para evitar las de Clichy. Pero si no podemos cogerle á él, cogeremos al menos su rico mobiliario, pues lo sabemos todo, joven, y vamos á obrar con rigor.

—He aquí los papeles timbrados que su abuelo no ha querido recibir nunca, dijo la Vauthier poniendo en la mano á Augusto tres notificaciones de embargo.

—Quédese usted aquí, señora, pues vamos á constituirle en guardiana judicial. La ley le concede dos francos diarios, que no son de despreciar.

—¡Ah! ¡al fin veré lo que hay en ese hermoso cuarto! exclamó la Vauthier.

—¡No entrarán ustedes en el cuarto de mi madre! gritó el joven interponiéndose entre la puerta y los tres hombres vestidos de negro.

A una seña del alguacil, los dos patricios y el primer pasanté que llegó después cogieron á Augusto

—No haga usted resistencia, joven, porque usted no es aquí el amo, é iría á dormir á la prefectura.

Al oír estas terribles palabras, Augusto rompió en amargo llanto.

—¡Ah! ¡qué suerte que se haya marchado mamá, porque esto la hubiera matado!

Una especie de conferencia tuvo lugar entre los patricios, el alguacil y la Vauthier. Aunque hablaban en voz baja, Augusto comprendió que lo que querían sobre todo era coger los manuscritos de su abuelo, y entonces abrió la puerta del cuarto.

—Entren ustedes, señores, y no estropeen nada, dijo, mañana se les pagará.

Después se marchó llorando á su zaquizamí, en donde, cogiendo las notas de su abuelo, las metió en el hornillo, pues sabía que éste estaba completamente apagado.

Esta acción fué hecha con tal rapidez, que el alguacil, astuto zorro digno de sus clientes Barbet y Metiviere, encontró al joven sentado en una silla y llorando cuando se precipitó en el zaquizamí, después de haberse cerciorado de que los manuscritos no se encontraban en la antesala. Aunque no pudiesen coger los libros ni los manuscritos, la retroventa suscrita por el antiguo magistrado hubiese justificado aquella manera de proceder. Pero era fácil oponer medios dilatorios á aquel embargo, cosa que el señor Bernard no hubiese dejado de hacer. De ahí la necesidad de obrar con disimulo y con mala fe. La viuda Vauthier había servido admirablemente á su propietario, no entregando las citaciones á los inquilinos. Contaba meterlas en su habitación cuando entrasen en ella con los agentes del juzgado, ó decir, en caso de necesidad, al señor Bernard que creía que aquellas citaciones eran para los dos autores, que estaban ausentes hacía ya dos días.

Las diligencias de embargo duraron una hora, y el alguacil no omitió nada y consideró el valor de los objetos encargados como insuficiente para pagar la deuda. Una vez que los agentes del juzgado se au-

sentaron, el pobre joven tomó las citaciones y corrió á buscar á su abuelo á la casa de salud, toda vez que el ujier había dicho que la Vauthier era responsable de los objetos embargados, bajo las penas más graves. Pudo, pues, dejar la casa sin temor á nadie.

La idea de saber que su abuelo podía ser encarcelado por deudas, puso loco al pobre joven, pero loco como suelen ponerse los muchachos á esa edad, es decir, que era presa de una de esas exaltaciones peligrosas y funestas en que todas las energías de la juventud fermentan á la vez, y lo mismo pueden hacer cometer malas acciones que rasgos de heroísmo. Llegado á la calle Basse-Saint-Pierre, Augusto supo por el portero que se ignoraba el paradero del padre de la enferma que había sido llevada sobre las cuatro y media, pero el señor Halpersohn había dado orden de que no se dejara pasar á nadie, ni aun á su padre, á ver á la señora hasta después de ocho días, bajo pena de poner su vida en peligro.

Esta respuesta llevó al colmo la desesperación de Augusto, que tomó de nuevo el camino del boulevard Mont-Parnasse lleno de desesperación, y ocupada su mente con las más extravagantes ideas. Llegó cerca de las ocho y media de la noche, casi en ayunas, y de tal modo agobiado por el hambre y el dolor, que siguió á la Vauthier cuando ésta le propuso que tomase parte en su cena, que consistía en un guisado de carnero con patatas. El pobre niño cayó casi muerto en una silla en casa de aquella atroz mujer. Engañado por la charla y por las melosas palabras de aquella vieja, respondió á algunas preguntas que le había hecho diestramente sobre Godofredo, y la dió á entender que era éste el que debía pagar las deudas de su abuelo al día siguiente, y que al nuevo inquilino se debían los felices cambios que había experimentado su fortuna de una semana á aquella parte. La viuda escuchaba todo esto con aire de duda, obligando á Augusto á beber algunos vasos de vino.

A eso de las diez se oyó el rodar de un cabrióle que se detuvo ante la casa, y la viuda exclamó:

—¡Oh! es don Godofredo.

Inmediatamente, Augusto tomó la llave de su habitación y subió para ver al protector de su familia; pero encontró el rostro de Godofredo tan cambiado, que no se decidía á hablarle, más el peligro de su abuelo determinó á aquel generoso niño.

He aquí lo que había pasado en la calle de Chanoinesse, y la causa de la severidad que se notaba en el rostro de Godofredo: Llegado á tiempo, el neófito había encontrado á la señora de la Chanterie y á sus fieles en el salón, y había llamado aparte á don Nicolás para entregarle los cuatro volúmenes del *Espiritu de las leyes modernas*. Don Nicolás llevó en el acto aquel numeroso escrito á su cuarto, y bajó para comer. Después de haber estado un rato hablando de sobremesa, volvió á subir á su cuarto con intención de empezar la lectura de aquella obra.

Godofredo quedó muy sorprendido cuando, algunos instantes después de la desaparición de don Nicolás, recibió un recado de Manón, por el cual su antiguo presidente le rogaba que subiese á verle. Subió á casa de don Nicolás acompañado por Manón, y fué tal su sorpresa al ver el alterado rostro de aquel hombre tan plácido y tan firme, que no se fijó siquiera en el interior del cuarto.

—¿Sabía usted el nombre del autor de esta obra? preguntó don Nicolás, que parecía que volvía á ser presidente.

—No le conozco más nombre que el de señor Bernard, porque yo no he abierto el paquete, respondió Godofredo.

—¡Ah! ¡es verdad! se dijo don Nicolás, yo mismo rompí la cubierta. Y ¿no ha procurado usted averiguar sus antecedentes? repuso.

—No. Sé que se casó por amor con la hija del general Tarlowski, que su hija se llama como la madre,

Vanda, el nieto, Augusto, y el retrato que vi del señor Bernard es, á mi parecer, el de un presidente de audiencia imperial con toga encarnada.

—Tenga usted, lea, dijo don Nicolás descubriendo el título de la obra escrito con caracteres debidos á la caligrafía de Augusto, y dispuestos de este modo:

ESPÍRITU  
DE LAS LEYES MODERNAS

POR DON BERNARDO JUAN BAUTISTA MAELOU

BARÓN BOURLAC

Antiguo procurador general de la audiencia imperial de Rouen  
y gran oficial de la Legión de Honor.

—¡Ah! ¡ah! ¡el verdugo de la señora, de su hija y del caballero del Vissard! dijo Godofredo con voz débil.

Y como las piernas le flaqueasen, el neófito se dejó caer en un sofá.

—¡Bonito estreno! murmuró.

—Esto, mi querido Godofredo, repuso don Nicolás, es un asunto que nos importa á todos; usted ha tomado ya su parte, y nos toca á nosotros el resto. Ruego á usted que no se mezcle en nada más, y que vaya á buscar lo que haya podido dejar allí. ¡Ni una palabra! En fin, una discreción absoluta, y dígame usted al barón Bourlac que se dirija á mí. Para entonces ya habremos decidido nosotros la manera como conviene tratar este asunto.

Godofredo bajó, buscó un cabriolé y llegó rápidamente al boulevard Mont-Parnasse, lleno de horror al recordar el proceso de la audiencia de Caen, el drama sangriento que terminó en el patíbulo y la permanencia de la señora de la Chanterie en Bicetre. Comprendió el abandono en que acababa sus días aquel antiguo procurador general, asimilado casi á Fouquier

Tinville, y las razones de su incógnito tan cuidadosamente guardado.

—¡Ya se encargará don Nicolás de vengar terriblemente á esa pobre señora de la Chanterie!

Acababa de decirse estas palabras, cuando se presentó Augusto.

—¿Qué quiere usted? le preguntó Godofredo.

—Mi buen señor, acaba de ocurrirnos una desgracia que me enloquece. Unos malvados han venido á embargarnos todos los muebles de mi madre, y buscan á mi abuelo para meterlo en la cárcel. Pero no son estas desgracias las que me obligan á implorar auxilio de usted, dijo aquel muchacho con una altivez romana. ¡Vengo á pedirle á usted un favor que no se niega ni á los condenados á muerte!...

—Hable usted, dijo Godofredo.

—Han venido para apoderarse de los manuscritos de mi abuelo, y como creo que éste ha entregado á usted la obra, vengo á rogarle que tome también las notas, pues la portera no permitirá que me lleve nada de aquí... Unalas usted á los volúmenes, y...

—Está bien, está bien, respondió Godofredo. Vaya usted pronto á buscarlas.

Mientras que el joven entraba en su habitación para volver en seguida, Godofredo pensó que no era culpable de ningún crimen, y que era preciso no desperarlo hablándole de su abuelo y del castigo que recibía en su vejez por los furros á que se había entregado durante su vida política, y tomó el paquete de sus manos con una especie de amabilidad.

—¿Cómo se llama su madre de usted? le preguntó.

—Caballero, mi madre es la baronesa de Mergi, y mi padre era el hijo del primer presidente de la audiencia real de Rouen.

—¡Ah! dijo Godofredo, ¿su abuelo casó á su hija con el hijo del famoso presidente Mergi?

—Sí, señor.

—Amigo mío, déjeme, dijo Godofredo.

Dicho esto, acompañó al joven barón de Mergi hasta el descansillo y llamó á la Vauthier.

—Señora Vauthier, le digo, puede usted disponer de mi habitación, porque no volveré más aquí.

Y bajó para tomar el coche.

—¿Le ha entregado usted algo á ese señor? preguntó la Vauthier á Augusto.

—Sí, dijo el joven.

—Pues ahora sí que la ha hecho usted buena: es un agente de vuestros enemigos. Todo esto es cosa de él, y la prueba de ello es que no volverá más aquí, y me ha dicho que podía alquilar de nuevo su habitación.

Al oír esto, Augusto se encaminó á escape al boulevard, logró alcanzar el cabriolé, y gritaba tanto, que al fin acabó por detenerlo.

—¿Qué quiere usted? preguntó Godofredo.

—Los manuscritos de mi abuelo.

—Dígale usted que se los reclame á don Nicolás.

El joven tomó estas palabras por la atroz burla del ladrón que ha conseguido su objeto, y se sentó en la nieve viendo al cabriolé reanudar su carrera al trote. En un acceso de salvaje energía, volvió á levantarse y volvió á acostarse rendido de fatiga por sus rápidas carreras, y con el corazón lacerado por el dolor.

Al día siguiente por la mañana, Augusto de Mergi despertó, y al hallarse solo en aquella vivienda, habitada la víspera por su madre y por su abuelo, fué presa de las violentas emociones de su penosísima situación. La profunda soledad de una casa habitada poco antes, en que cada momento le recordaba un deber y una ocupación, le hizo tanto daño, que bajó á preguntar á la madre Vauthier si su abuelo había vuelto por la noche ó al amanecer, pues se había despertado muy tarde y suponía que, en el caso de que el barón Bourlac hubiese vuelto, la portera se lo hubiera notificado. Pero ésta le respondió burlándose que ya se figuraba dónde debía estar su abuelo, y

que si no había vuelto aquella mañana, era sin duda porque habitaba ya el palacio de Clichy. Esta broma de una mujer que tanto le había mimado la víspera, devolvió á aquel pobre joven todas sus energías, y corrió á la casa de salud de la calle Basse-Saint-Pierre, presa de gran desesperación al suponer que su abuelo pudiese estar en la cárcel.

El barón Bourlac había rondado durante toda la noche la casa de salud, cuya entrada le estaba prohibida, y la casa del doctor Halpersohn, á quien, como era natural, quería pedir cuenta de semejante conducta. El doctor no había vuelto á su casa hasta las dos de la mañana. El anciano, que había ido á la una y media á la puerta del doctor, había llegado paseándose hasta la gran calle de árboles de los Campos Elíseos, y cuando volvió, á las dos y media, el portero le dijo que el señor Halpersohn había entrado, que dormía ya y que no podía despertarlo.

Al encontrarse á las dos y media de la mañana en aquel barrio, el pobre padre, desesperado, anduvo errante por el muelle y por debajo de los árboles de los paseos laterales del Cours-la-Reine esperando el día. A las nueve de la mañana se presentó en casa del médico, y le preguntó por qué tenía incomunicada de aquel modo á su hija.

—Caballero, le contestó el doctor, ayer le respondí á usted de la salud de su hija, pero en este momento respondo de su vida, y ya comprenderá usted que, en semejante caso, debo ser respetado. Sepa usted que su hija tomó ayer un remedio que debe curarla del humor de la *Plica*, y que, mientras esa horrible enfermedad no haya desaparecido, no estará visible. No quiero que una emoción muy viva ó un error de médico nos priven, á mí de la enferma y á usted de la hija; si se obstina en verla, yo exijo una consulta de médicos, para ponerme á cubierto de cuanto suceda.

El anciano, muerto de fatiga, se dejó caer en una silla, pero no tardó en levantarse diciendo:

—Señor, dispense usted. He pasado la noche esperándole, en medio de horribles angustias. No puede usted imaginarse hasta qué punto amo á mi hija, á quien tengo quince años ha entre la vida y la muerte, y no sabe usted el gran suplicio que son para mí esos ocho días de espera.

El barón salió del despacho de Halperson vacilando como un hombre ebrio. Una hora después de la salida del anciano, á quien el médico había acompañado sosteniéndole por el brazo hasta el pasamano de la escalera, se presentó Augusto de Mergi. Preguntando á la portera de la casa de salud, este pobre joven acababa de saber que el padre de la dama que habían traído la víspera, había vuelto por la noche, que había preguntado por ella, y que había hablado de ir á casa del doctor Halpersohn, donde sin duda le darían noticias de él. En el momento en que Augusto se presentó en el despacho de Halpersohn, el doctor almorzaba una taza de chocolate, acompañada de un vaso de agua, sobre un pequeño velador. Al ver al joven no se movió y continuó mojando su tostada en el chocolate, pues no comía más que cuatro tostadas de pan cortadas con una precisión que probaba su habilidad de operador, porque, en efecto, Halpersohn había practicado la cirugía en sus viajes.

—Y bien, joven, ¿qué hay? ¿Viene usted también á pedirme cuenta de su madre? dijo al ver entrar al hijo de Vanda.

—Sí, señor, respondió Augusto de Mergi.

Augusto había avanzado hasta llegar al lado de la mesa, en donde se veían billetes de banco en medio de algunas pilas de monedas de oro. En las circunstancias en que se encontraba aquel pobre joven, la tentación pudo más en él que sus principios, por sólidos que éstos fuesen. Vió el medio de salvar á su abuelo y de salvar también los frutos de veinte años de trabajos amenazados por hábiles especuladores, y sucumbió. Esta fascinación fué rápida como el pen-

samiento, y justificada con una idea de abnegación que halagó á aquel niño. El joven se dijo: «Me perderé, pero salvaré á mi madre y á mi abuelo.»

En esta lucha entre su razón y la idea del crimen, adquirió, como los locos, una singular y pasajera habilidad, y en lugar de pedir noticias de su abuelo, dió á la conversación el mismo sentido que le daba la pregunta del médico. Halpersohn, como todos los grandes pensadores, había adivinado la vida del anciano, de aquel niño y de la madre. Presintió ó entrevió la verdad, que le fué revelada en parte por la baronesa de Mergi, resultando de todo aquello que sentía cierta simpatía por sus nuevos clientes, pues respeto ó admiración era incapaz de sentirlos.

—Pues bien, querido mío, respondió familiarmente al joven barón, ahora le retengo á su madre, pero se la devolveré joven, hermosa y con salud. Es una de esas enfermas raras por las que los médicos se interesan, sin tener en cuenta además que su madre es del mismo país que yo. Tengan usted y su abuelo paciencia y valor para estar dos semanas sin ver á la señora...

—Baronesa de Mergi.

—Si ella es baronesa, usted es barón, replicó Halpersohn.

En este momento, el robo se había efectuado ya. Mientras que el médico miraba su tostada empapada en chocolate, Augusto había cogido cuatro billetes doblados y se los había metido en el bolsillo del pantalón, fingiendo que se ponía la mano así por costumbre.

—Sí, señor, soy barón. Mi abuelo es también barón y fué procurador general bajo la Restauración.

—Se pone usted encarnado, joven, y el ser barón y pobre no es motivo para avergonzarse, pues es cosa muy común.

—¿Quién le ha dicho á usted que nosotros somos pobres?

—Su abuelo de usted me dijo que había pasado la noche en los Campos Elíseos, y aunque no conozco palacios que tengan tan hermosas bóvedas como las que brillaban en dicho sitio á las dos de la mañana, le aseguro á usted que hacía frío en el palacio en que se paseaba su abuelo. Nadie escoge por su gusto la posada de la Bella Estrella.

—¿Mi abuelo ha salido de aquí? repuso Augusto, que escogió esta ocasión para retirarse, le doy á usted las gracias, y, si usted me lo permite, vendré á saber noticias de mi madre.

Tan pronto como el joven barón salió, tomó un cabriolé para llegar antes á casa del alguacil, y pagó la deuda de su padre. El alguacil le entregó los documentos y la cuenta de las costas, y dijo al joven que llevase consigo á uno de sus dependientes, para que relevase al guardián judicial de sus funciones.

—Al mismo tiempo, como que los señores Barbet y Metiviere viven en su mismo barrio de usted, el patricio que le acompañará á usted puede pasar por casa de éstos para decir que le entreguen el acta de retroventa.

Augusto, que no comprendía aquellos términos ni aquellas formalidades, se dejó llevar. Recibió setecientos francos en dinero que sobraban de los cuatro mil, y salió acompañado de un pasante. Subió al cabriolé en un indecible estado de estupor, pues una vez obtenido el resultado, empezaron los remordimientos; se vió deshonrado y maldito por su abuelo, cuya inflexibilidad conocía, y pensó que su madre se moriría de dolor al saber que era culpable. La naturaleza entera cambiaba para él de aspecto. Tenía calor, no veía ya la nieve y las casas le parecían espectros. Una vez llegado á su casa, el joven barón tomó un partido que, á decir verdad, era muy propio de un joven honrado. Fué al cuarto de su madre á coger la tabaquera guarnecida de diamantes que el Emperador había regalado á su abuelo, y se la envió junto

con los setecientos francos al doctor Halpersohn, acompañada de la siguiente carta, que redactó después de haber hecho varios borradores:

«Señor: Los frutos de un trabajo de veinte años, hecho por mi abuelo, iban á ser devorados por usureros que amenazaban su libertad. Tres mil francos le salvaban, y al ver tanto oro sobre la mesa de usted, no pude resistir á la tentación de libertar á mi abuelo, devolviéndole á la par el salario de sus trabajos. Sin su consentimiento, he cogido cuatro mil francos; pero como sólo necesito tres mil trescientos, envío á usted los setecientos restantes, acompañados de una tabaquera guarnecida de diamantes que el Emperador regaló á mi abuelo, y cuyo valor puede servir para responder de la suma distraída.

»Aunque no crea usted en el honor del que le considerará toda su vida como un bienhechor, si se digna usted guardar silencio sobre una acción injustificable en cualquier otra circunstancia, salvará usted á mi abuelo como va usted á salvar á mi madre, y yo seré toda la vida su fiel esclavo.

»AUGUSTO DE MERGI.»

A eso de las dos y media, Augusto, que había ido hasta los Campos Elíseos, encargó á un mandadero que dejase en la portería del doctor Halpersohn una cajita lacrada que contenía diez luises, un billete de quinientos francos y la tabaquera; después volvió despacio, á pie, á su casa, por el puente de Iena, los Inválidos y los bulevares, contando con la generosidad del doctor Halpersohn. El médico, que se había apercibido del robo, cambió en seguida la opinión que tenía formada de sus clientes. Se figuró que el anciano había ido para robarle, y que, no habiendo podido lograrlo, había enviado al muchacho. Puso en duda los títulos que se atribuían, y se fué en seguida á hacer los pasos necesarios para que se les persiguiese.

La prudencia con que procede la justicia, rara vez